

Comunidad en Camino

SAGRADA FAMILIA
Ciclo "C"

PP. DOMINICOS - MADRID

30 de Diciembre
2012

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 <http://www.parroquiadeatocha.es>



NTRA. SRA. DE ATOCHA

**“Jesús... Siguió bajo
su autoridad. Su madre
conservaba todo esto
en su corazón. Y Jesús
iba creciendo en
sabiduría y gracias
ante Dios y los
hombres”**

O
R
A
C
I
O
N
D
E
N
O
C
H
E
V
I
E
J
A

Señor, antes de entrar en el bullicio y aturdimiento del fin de año, quiero esta tarde encontrarme contigo despacio y en calma. Son pocas las veces que lo hago. Tú sabes que ya no acierto a rezar. He olvidado aquellas oraciones que me enseñaron de niño y no he aprendido a hablar contigo de otra manera más viva y concreta.

Señor, en realidad, ya no sé muy bien si creo en Ti. Han pasado tantas cosas estos años. Ha cambiado tanto mi vida y he envejecido tanto por dentro. Yo quisiera sentirme más vivo y más cercano. Me ayudaría a creer. Pero me resulta todo tan difícil.

Y sin embargo, Señor, yo te necesito. A veces me siento muy mal dentro de mí. Van pasando los años y siento el desgaste de la vida. Por fuera todo parece funcionar bien: el trabajo, la familia, los hijos. Cualquiera me envidiaría. Pero yo no me siento bien.

Ya ha pasado un año más. Esta noche comenzaremos un año nuevo, pero sé que todo seguirá igual. Los mismos problemas, las mismas preocupaciones, los mismos trabajos. Y así, ¿hasta cuándo?

Cuánto desearía renovar mi vida desde dentro. Encontrar en mí una alegría nueva, una fuerza diferente para vivir cada día. Cambiar, ser mejor conmigo mismo y con todos. Pero a mi edad no se pueden esperar grandes cambios. Estoy ya demasiado acostumbrado a un estilo de vida. Ni yo mismo creo demasiado en mi transformación.

Pero por otra parte, Tú sabes cómo me dejo arrastrar por la agitación de cada día. Tal vez por eso no me encuentro casi nunca contigo. Tú estás dentro de mí y yo ando casi siempre fuera de mí mismo. Tú estás conmigo y yo ando perdido en mil cosas.

Si al menos te sintiera como mi mejor Amigo. A veces pienso que eso lo cambiaría todo. Qué alegría si yo no te tuviera esa especie de temor que no sé de donde brota pero que me distancia tanto de Ti.

Señor, graba bien en mi corazón que Tú hacia mí sólo puedes sentir amor y ternura. Recuérdame desde dentro que Tú me aceptas tal como soy, con mi mediocridad y mi pecado, y que me quieres incluso aunque no cambie.

Señor se me va pasando la vida y, a veces, pienso que mi gran pecado es no terminar de creer en Ti y en tu amor. Por eso, esta noche yo no te pido cosas. Sólo que despiertes mi fe lo suficiente para creer que Tú estás siempre cerca y me acompañas. Que a lo largo de este año nuevo no me aleje mucho de Ti. Que sepa encontrarte en mis sufrimientos y mis alegrías. Entonces tal vez cambiaré. Será un año nuevo.

SAGRADA FAMILIA (30 de Diciembre 2012)

Hace tan solo cinco días hemos celebrado, con alegría y esperanza, el nacimiento de Jesús, Hijo de Dios y de María. Él es el gran regalo de Dios, por el cual hemos alcanzado el perdón de nuestros pecados, para poder formar parte de la gran familia de los hijos de Dios.

Ante este grandioso acontecimiento, exclama lleno de esperanza y alegría el apóstol y evangelista Juan: “Queridos, ahora somos hijos de Dios; y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es”. (Primera lectura).

La familia de Nazaret, cuya fiesta celebramos hoy: Jesús María y José, son el prototipo, aquí en la tierra, de lo que realmente es Dios en el cielo. Dios es la familia perfecta: tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de tal manera penetrados en el amor perfecto, que llegan a la unidad consumada de un sola naturaleza: ¡DIOS!

La Sagrada Biblia, ya en el primer libro del Génesis, nos dice que Dios nos creó a “su imagen en semejanza”, ¡comunidad de amor...!, hombre y mujer para que “se multiplicaran” creando el inicio de la familia humana.

Hoy la Iglesia nos presenta, a nivel humano-divino, el prototipo ya en este mundo, de cómo deben construirse y estructurarse las familias humanas: respetando las individualidades, pero viviéndola en la comprensión y solidaridad mutua, mediante el amor que es “vínculo de unión fraterna”. La familia de Nazaret nos trae, aquí en la tierra, el ejemplo de lo que es Dios en el cielo; y lo que debe de ser la familia humana, y cada una de nuestras familias, a semejanza de la familia de Nazaret: ¡JESÚS, MARÍA y JOSÉ!

Samuel 1, 20-22. 24-28.

I Juan 3, 1-2, 21-24.

Lucas 2,41-52.

Ahora que los belenes se van a llenar de pastores, cabras y ovejas, voy a contar una historia de pastores, cabras y cabritos. Hay cabras que se quedan sin leche, y no pueden alimentar a su cabrito; también ocurre que un cabrito se muere y la madre, por mucha leche que tenga, se queda sin hijo al que alimentar. En estos casos los pastores cortan con mucho cuidado la piel del cabrito muerto y con ella cubren a aquel cuya madre se ha quedado sin leche. Y a ese cabrito, con la piel del otro, se lo acercan a la cabra con leche a la que se le ha muerto el hijo para que alimente al que lleva la piel del hijo. Al principio, la madre no lo reconoce y lo rechaza, pero poco a poco, al oler la piel del hijo que cubre al que necesita alimento, se produce un acercamiento entre los dos y la cabra acoge al que lleva la piel de su hijo.

Al escuchar esta historia, que me contó un aprendiz de pastor, espontáneamente pensé en una historia bíblica. La de la madre de Jacob y Esaú, que viste a su hijo menor con la piel de oveja que el mayor utilizaba para cubrirse, para engañar así al padre prácticamente ciego, logrando que el padre se confunda y bendiga a Jacob, el menor, en lugar de Esaú, el mayor. Estas historias de animales y de humanos, en las que uno se pone la piel del otro, encierran una profunda lección. A veces invitamos a “ponerse en la piel del otro” para comprender acciones que no nos gustan o con las que estamos en desacuerdo. Se trata, por un momento, de pensar: ¿qué haría yo si estuviera en su lugar? Pero cuando ese otro al que se nos invita a ponernos en su lugar es ajeno o alejado, la invitación resulta poco efectiva. Y, al tiempo que condenamos la acción que no nos gusta, pensamos que nosotros hubiéramos obrado de otro modo.

Ahora bien, cuando alguien cercano a nosotros, un hijo, una hermana, una persona querida, se encuentra enfrascada en situaciones que hemos condenado (divorcio, pareja de hecho, lesbianismo, drogas), entonces vamos un poco perdidos, sobre todo si nuestro amor era y es auténtico. Puede y suele ocurrir que, tras el primer desconcierto, sigamos amando a esas personas, y les amemos con esa circunstancia desconocida hasta ahora para nosotros. Esta historia de cabras y cabritos nos invita a modificar el “ponte en la piel del otro”, por el “imagina que este lejano o desconocido que condenas lleva la piel de tu hijo”. No se trata de justificar lo injustificable, pero sí de no condenar precipitadamente algunas situaciones personales (sobre todo cuando no son actos delictivos, sino realidades humanas con las que uno se encuentra), de comprender que cada persona es un misterio, de dar gracias a Dios por lo que somos y tenemos, y de ayudar a los otros a sobrellevar sus dificultades. De tratar al otro como si fuera tu hijo. O como si fueras tú: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Martín Gelabert - dominico